ETC.

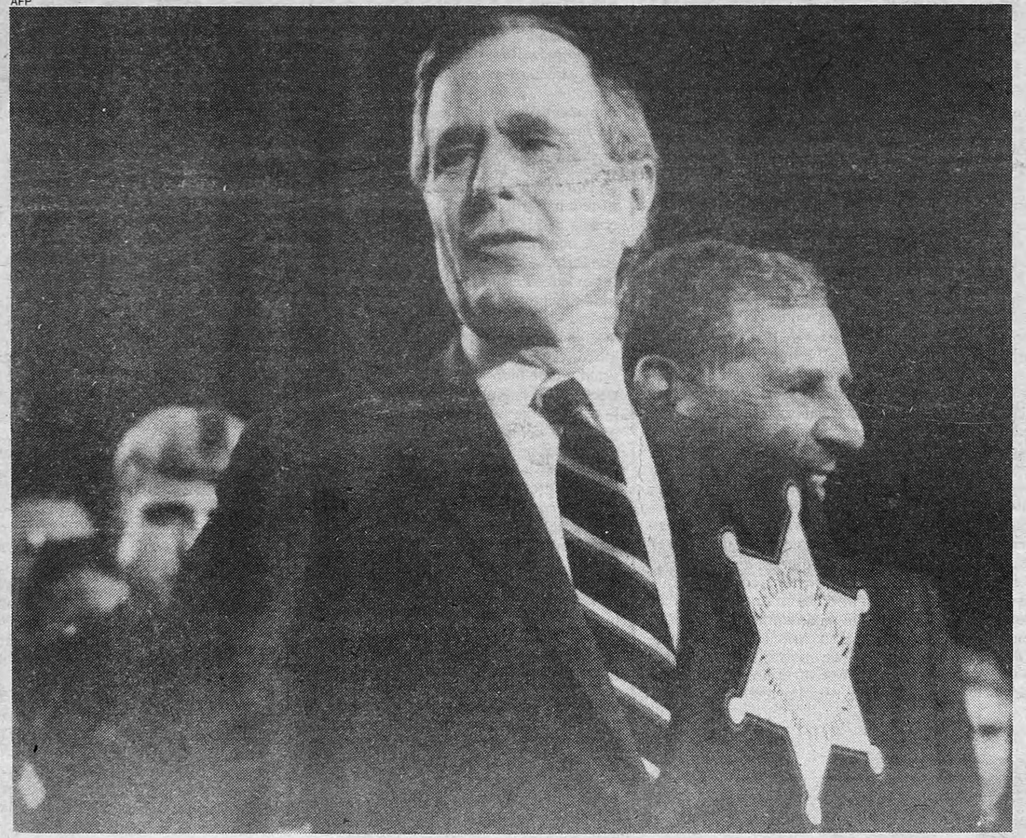
DUELO ELECTORAL BUSH Vs. DUKAKIS

Este martes el demócrata Michael Dukakis y el republicano George Bush se batirán en una elección por la presidencia de los Estados Unidos de América que unánimemente ha sido calificada como la más insulsa de los últimos tiempos. A una campaña signada por los golpes bajos y la falta de temas de fondo se ha sumado finalmente una abismal ventaja de más de 12 puntos en las encuestas en favor de Bush, que Dukakis no ha logrado revertir. A dos días de los comicios no caben mayores dudas sobre quién será el nuevo huésped de la Casa Blanca que en la era "post Reagan" deberá gobernar con el fantasma de la declinación del gran imperio pendiendo sobre su cabeza.

AFP

YA TIENE COMISARIO EL PUEBLO

AFP



Por Juan Gelman, desde Nueva York

En los EE.UU. nadie parece gozar mucho con la campaña electoral. Los comentaristas políticos coinciden en que es "la más insulsa y menos interesante de los últimos tiempos". Los candidatos, el republicano George Bush y el demócrata Michael Dukakis, se quejan mutuamente de que el otro incurre en ataques personales, espesos y falsos y eluden así el análisis de los verdaderos problemas del país. Los votantes opinan que los dos tienen razón. Una reciente encuesta de la CBS y *The New York Times* revela que el 49 por ciento de los interrogados (tanto demócratas como republicanos) piensa que Bush y Dukakis pierden más tiempo en atacarse que en explicar lo que harían si ganaran la presidencia, y el 54 por ciento afirma que ninguno trata a fondo las cuestiones que interesan a la población. La insatisfacción es tal que los dos tercios de los encuestados declaran paladinamente que hubieran preferido que los presidenciables fueran otros.

Para el observador argentino, esta campaña presidencial tiene poco y nada que ver con las de su país. Los días 1 y 2 de noviembre ve surgir de la primera página de *The New York Times* las fotos de Bush y Dukakis, respectivamente, haciendo footing en camiseta y pantaloncito corto. Las imágenes ilustran "las estadísticas vitales" de los candidatos: edad, altura, peso, problemas medios, resultados de los análisis de laboratorio de sus diversos líquidos personales, presión, porcentaje de colesterol, ritmo cardíaco con esfuerzo, hospitalizaciones habidas y expectativa de vida. El electorado estadounidense no tiene ya motivo de preocupación al respecto: ambos están sanísimos y no son demasiado viejos. Bush domina mejor su estrés y Dukakis ha superado los problemas de índole emotiva que alguna vez supo tener.

No hay grandes pegatinas de carteles ni mítines multitudinarios. Se estila la propaganda electoral por correo y, en el país de los televidentes, la televisión es reina. Los candidatos recurren a las grandes empresas de publicidad para convencer por la pantalla chica. Los anuncios son, desde luego, pagos y la política, otro producto en venta. Vuelan los golpes bajos. Un spot republicano acusa a Dukakis de pensar más en los derechos de los criminales que en la suerte de sus víctimas y emana un cierto vaho racista. En el comercial de respuesta, Dukakis aparece en mangas de camisa, apoyado en un aparato de televisión que apaga mientras dice: "Estoy harto de tanta mentira y distorsión". Sin embargo, los dos partidos están usando la TV menos que en otras ocasiones. En estos días era más frecuente ver las cabezas de tres ballenas atrapadas en los hielos del Artico —se invirtió un millón de dólares para liberarlas— que el rostro de los dos candidatos. La historia de las ballenas era tranquilizante, nada tenía que ver con cuestiones de clase ni de raza. Los noticieros de TV mostraban a esquimales y blancos zapando el hielo. Hombro con hombro "en esta tierra donde todas las criaturas han nacido iguales", decía el locutor.

Los mensajes

Claro que algunos son más iguales que otros y los expertos en publicidad —los verdaderos comités ejecutivos de los dos partidos— saben tener en cuenta las diferencias.

Bush es un VIP blanco y distinguido de rica familia, pero aprovechando que su hijo está casado con una chicana, le han hecho decir "yo tengo nietos morenitos". No se sabe cuántos votos de latinoamericanos residentes aquí conquistará con esa confesión porque la expresión "morenitos" en el inglés local es bastante despectiva.

Los avisos que los demócratas pasan por las radios de audiencia negra agitan el terror y la inseguridad en las ciudades que ha sembrado la posesión ilegal de armas, tan extendida en esta población. Acentúan y denuncian que Bush se ha opuesto a su control, pero el locutor de los comerciales televisivos de Dukakis que se difunden en Texas dice: "Un candidato a presidente ha votado en favor del control federal de las armas. Solamente uno. George Bush".

Las dos cosas son ciertas en el tiempo: en 1968, el diputado Bush votó en favor de una ley que prohibía el traslado de armas de un estado a otro de la Unión. Unos 20 años después, el vicepresidente Bush se opuso al control federal de ese tráfico.

Los publicitarios de Bush, por su parte, acentúan la ecuación crimen igual a negro en los estados del Sur, mientras recalcan la cuestión del medio ambiente en California y Nueva Jersey. En Ohio y Texas, los avisos de Dukakis critican una reciente medida agrícola de Reagan que favorecería las importaciones japonesas, pero la cubren de silencio en California, donde abundan los votantes de origen japonés. La dirección de los avisos varía también según el programa en que se pasan. Cuando la emisión es deportiva, se centran en el tema de las armas porque la mayoría de los teleespectadores son seguramente hombres. Cuando se trata de comedias o telenovelas, cuya audiencia es sobre todo femenina, Bush aparece rodeado de sus nietos y Dukakis habla de sus preocupaciones como padre.

En cualquier caso, los candidatos apenas rozan los problemas de fondo, como si la cultura del electorado fuera la de un alumno de primaria. *The New York Times* piensa que no se equivocan cuando comenta una encuesta sobre el nivel científico de la población que encargó en julio último la National



Science Fundation. Un 21 por ciento de los dos mil entrevistados por teléfono respondió que la Tierra gira alrededor del Sol y un 7 por ciento contestó que no sabía cómo era ese asunto. Los huesos de Copérnico deben haberse dado vuelta en su tumba. Para el diario neoyorquino, los resultados de la encuesta indican que "muchos estadounidenses deben tener poca idea de lo que dicen los candidatos a la presidencia cuando tocan temas como la Iniciativa de Defensa Estratégica, las lluvias ácidas y la carrera espacial".

Tal vez eso acentúe el malhumor de los que, pese a todo, están dispuestos a votar. Un enorme sector se abroquelará aún más en la indiferencia. Los analistas políticos predicen que el próximo 8 de noviembre la tasa de abstención llegará a su nivel más alto desde 1948, cuando sólo el 51 por ciento de los inscriptos definió la puja Truman-Dewey. El profesor Walter Burhan, de la Universidad de Texas, cree que la abstención será más elevada todavía que en 1924, cuando apenas se manifestó un 43 por ciento de los votantes. En las elecciones de 1980 y 1984 participó el 53 por ciento.

En ambas triunfó Reagan. En 1984 acudieron a las urnas 92 millones de personas y unas 82 millones prefirieron quedarse en casa.

El presidente del país más poderoso de la Tierra es elegido por un 26 o un 27 por ciento del total de los ciudadanos con derecho a voto.

¿Por qué Bush?

Las últimas encuestas siguen dando por ganador a Bush y proliferan las explicaciones al respecto de sociólogos, políticos, periodistas, catedráticos y, por qué no, del hombre de la calle. Algunos recalan en el tema de la imagen personal. Dukakis —dicen— no ha sabido explotar su condición de "self-made man", hijo de inmigrantes, en un país que adora a los "self-made men" y los prefiere a herederos como Bush, interesados en ganar el apoyo de los blancos de clase media —agregan—. Dukakis se autopresenta como un VIP cualquiera más y sólo al final de la campaña, ante su derrota anunciada, ha hecho algún esfuerzo para inflamar a los bastiones históricos del Partido Demócrata, los negros y la comunidad "hispana" como se la llama aquí.

Las consecuencias son verificables. La Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos —la organización hispana de derechos civiles más importante del país— se ha negado por primera vez a apoyar declaradamente a un candidato del Partido Demócrata. El potencial de ese origen es de 13 millones de votos. En cuanto a los negros, los mayores de 45 años siguen inconmoviblemente fieles al viejo amor demócrata, pero casi un 20 por ciento de los más jóvenes votarán por Bush. "Entre quien entre a la Casa Blanca, no veo en qué cambiará mi vida diaria, tendré que seguir trabajando para mantenerme y mantener a mi hijo", afirmó a **Página/12** Robin Walker, 31 años, madre soltera, secretaria, negra. "Dukakis parece un hombre honesto pero no me atrae —agregó—. Me resulta algo gris, blandengue, hasta irreal." "Blandengue" es adjetivo peyorativo en una cultura que proclama "Be agressive" ("Sea agresivo") como alto valor de la conducta humana. Eso no significa que Robin Walker vaya a votar por Bush. El martes 8 de noviembre se quedará en su casa, regando las plantas.

Los académicos bucean una interpretación de la probable victoria de Bush en aguas más profundas. Según Ann Crigler, profesora de Ciencias Políticas de la Universidad de California del Sur, Bush triunfará porque juega con los miedos y prejuicios de los estadounidenses respecto de "la Triple A" (distinta aquí de la argentina): la amnistía (es decir, la derogación de la pena de muerte y, por extensión, una amenaza para la seguridad ciudadana), el ácido (la droga) y el aborto.



AFP



YA TIENE COMISARIO EL PUEBLO

El politicólogo John Petrocik propone que los dos grandes partidos constituyen en realidad coaliciones de grupos diferentes cuya evolución en el último cuarto de siglo ha perjudicado a los demócratas. A diferencia de los republicanos, que la actuación de Reagan ha sabido conciliar, ninguno de los grupos de influencia electoral demócrata —negros, "hispanos", mujeres, blancos pobres del Sur, sectores obreros blancos y de clase media progresista urbana— es hegemónico en la sociedad y haría falta una coyuntura especial para que limen sus contradicciones y se unan con cierta solidez. Pero es posible que la explicación de la eventual derrota de Dukakis tenga otras raíces todavía y que la clave sea, de algún modo, la ideología de los blancos.

La cuestión del liberalismo

En primer lugar, cabe recordar que, con excepción de Lyndon B. Johnson, el Partido Demócrata ha perdido la mayoría del voto blanco desde la muerte de Franklin Delano Roosevelt. Esto fue así incluso con Jimmy Carter, que sólo se ganó el apoyo del 40 por ciento de ese electorado. En 1984, el número de blancos que votaron por Reagan fue igual al de todos —negros y blancos— los que votaron por Mondale. Los republicanos han obtenido 4 de las 5 presidencias en juego desde 1968. La fecha es importante porque marca la creciente preferencia de los blancos que van a las urnas por un presidente conservador (como se autocalifican los republicanos) en detrimento de un candidato liberal (como se autoproclaman los demócratas). El tema está rodeado de una ambigua complejidad.

Los revolucionarios de 1776 se identificaron con los "Wighs" británicos, los liberales de entonces, contra los "Tories" que manejaban la política de la madre patria inglesa. Con Jefferson a la cabeza, eran partidarios de la libertad económica, antiestatistas, e identificaban lo conservador con los Estados altamente centralizados y monárquicos de Europa cuyo monopolio ahogaba el desarrollo de las colonias. El viejo Partido Republicano recogió esa tradición, pero el término "liberal" cambió de ubicación con el demócrata Roosevelt, quien se decía heredero de Jefferson pero enfrentó la crisis económica de 1929 con medidas estatistas —como la oligarquía argentina de entonces— y procuró un pacto social con los sindicatos mediante la instauración de un sistema de seguridad social. Con Roosevelt, el liberalismo estadounidense se convirtió en una variante local de la socialdemocracia europea. Los republicanos, entonces, empezaron a autodenominarse conservadores para diferenciarse y, curiosamente, la misma abrumadora mayoría que reeligió a Roosevelt en 1936 tomó distancias con su presunta ideología, que estimó malignamente emparentada con el socialismo. Cuando Bush acusa a Dukakis de liberal, sabe qué profunda cuerda está tocando.

El auge del liberalismo se dio en la década del '60, con las manifestaciones impresionantes por los derechos civiles, en favor de la integración de negros y blancos y contra la guerra de Vietnam. A 20 años de distancia —y éste parece un fenómeno general en Occidente, verificable en Francia, por ejemplo, respecto de Mayo del '68—, todo ese impulso en favor de nuevas zonas de libertad rodea al liberalismo de un aura de permisividad (para con los negros, los homosexuales, las lesbianas, otras minorías) y de una voluntad debilitante de la necesaria lucha contra el comunismo. En estos días se vio por TV un "juicio" a Jane Fonda, aunque la actriz ya se ha autocriticado públicamente por actuar para las tropas de Ho Chi-Minh cuando combatían a los Marines de su propio país. Para buena parte de la población, liberalismo equivale a caos —el de los años '60—, a desintegración de la familia, incremento de la criminalidad y del consumo de drogas, antipatriotismo.

Sólo el 30 de octubre, acuciado por los resultados de las encuestas, desfavorables para él, Dukakis aceptó que era un "liberal" para reunir a tropas demócratas inconformes con su permanente evasión del adjetivo. El 13 de octubre, en su último debate televisivo con Bush, se había burlado del vicepresidente por la frecuencia con que lo motejaba acusadoramente de liberal. Dijo Dukakis: "Si tuviera un dólar por cada vez que usted, George (Bush), me ha aplicado hoy esa etiqueta, me convertiría en uno de esos ricachones que usted quiere favorecer rebajándoles los impuestos". La actitud de Dukakis lastimó a liberales como John Kenneth Galbraith quien, en compañía de numerosos intelectuales, publicó una solicitada reclamando con orgullo la ideología liberal.

En cuanto al "establishment", el semanario *The Nation* considera que Wall Street prefiere a Bush pero que Dukakis no le causa inquietud alguna. Sin embargo, pese a su retorno a las bases, tal vez ya sea tarde para el candidato demócrata. A juicio de *The Nation*, Dukakis es coautor de la probable victoria de Bush y, por eso mismo, merecería que el eventual sucesor republicano de Reagan lo nombrara embajador, por ejemplo en Grecia, de donde los padres de Dukakis emigraron a los EE.UU.

AFP



DESPUES D
LA DEC
DE UN

Por Pier Antonio Lacqua, desde Washington/ANSA

A pesar de la reivindicación de Rambo, el rudo héroe devoracomunistas de los filmes de Sylvester Stallone, ocho años de presidencia de Ronald Reagan no parecen haber rehabilitado la incontrovertible primacía mundial de la que gozaron los Estados Unidos por lo menos durante treinta años: desde agosto de 1945, es decir desde los días de la bomba atómica sobre Hiroshima, hasta la caída de Saigón, en abril de 1975.

La inevitable incertidumbre que despierta la era post-Reagan está alimentando el espectro de una declinación del imperio americano: un profesor de Yale, Paul Kennedy, abordó un tema de gran moda en un best-seller, *Ascenso y caída de las grandes potencias*.

El espectro también sobrevuela el gran desafío entre el vicepresidente Bush y el gobernador Dukakis para la Casa Blanca.

El gobernador de Massachusetts y su "número dos", Lloyd Bentsen, denuncian que la América de Rambo-Reagan perdió efectivamente golpe por golpe: en las Hawaii, los japoneses hacen estragos con las lujosas residencias y en California están comprando áreas urbanas enteras, el "Made in Japan" triunfa en la industria automotriz y en la electrónica, el sistema financiero extranjero extiende sus manos sobre las fábricas y sobre Wall Street, el déficit federal y el comercial —a niveles cada vez más astronómicos— ponen en peligro el futuro norteamericano.

Como una antítesis de la visión "imperial" de Reagan, que comprometió cuantiosos recursos en el rearme y en las "guerras estelares", Dukakis no se cansa de reiterarlo: algunos de los ambiciosos proyectos militares resultan verdaderos desperdicios, "no los podemos permitir".

El gobernador se cuida mucho de reevocar la imagen de una Norteamérica en estado de "malestar", como lo hizo con efecto de

Science Fundation. Un 21 por ciento de los dos mil entrevistados por teléfono respondió que la Tierra gira alrededor del Sol y un 7 por ciento contestó que no sabía cómo era ese asunto. Los huesos de Copérnico deben haberse dado vuelta en su tumba. Para el diario neoyorquino, los resultados de la encuesta indican que "muchos estadounidenses deben tener poca idea de lo que dicen los candidatos a la presidencia cuando tocan temas como la Iniciativa de Defensa Estratégica, las lluvias ácidas y la carrera espacial".

Tal vez eso acentúe el malhumor de los que, pese a todo, están dispuestos a votar. Un enorme sector se abroquelará aún más en la indiferencia. Los analistas políticos predicen que el próximo 8 de noviembre la tasa de abstención llegará a su nivel más alto desde 1948, cuando sólo el 51 por ciento de los inscriptos definió la puja Truman-Dewey. El profesor Walter Burhan, de la Universidad de Texas, cree que la abstención será más elevada todavía que en 1924, cuando apenas se manifestó un 43 por ciento de los votantes. En las elecciones de 1980 y 1984 participó el 53 por ciento.

En ambas triunfó Reagan. En 1984 acudieron a las urnas 92 millones de personas y unas 82 millones prefirieron quedarse en casa.

El presidente del país más poderoso de la Tierra es elegido por un 26 o un 27 por ciento del total de los ciudadanos con derecho a voto.

¿Por qué Bush?

Las últimas encuestas siguen dando por ganador a Bush y proliferan las explicaciones al respecto de sociólogos, políticos, periodistas, catedráticos y, por qué no, del hombre de la calle. Algunos recalan en el tema de la imagen personal. Dukakis —dicen— no ha sabido explotar su condición de "self-made man", hijo de inmigrantes, en un país que adora a los "self-made men" y los prefiere a herederos como Bush, interesado en ganar el apoyo de los blancos de clase media —agregan—. Dukakis se autopresenta como un VIP cualquiera más y sólo al final de la campaña, ante su derrota anunciada, ha hecho algún esfuerzo para inflamar a los bastiones históricos del Partido Demócrata, los negros y la comunidad "hispana" como se la llama aquí.

Las consecuencias son verificables. La Liga de Ciudadanos Latinoamericanos Unidos —la organización hispana de derechos civiles más importante del país— se ha negado por primera vez a apoyar declaradamente a un candidato del Partido Demócrata. El potencial de ese origen es de 13 millones de votos. En cuanto a los negros, los mayores de 45 años siguen inconmoviblemente fieles al viejo amor demócrata, pero casi un 20 por ciento de los más jóvenes votarán por Bush. "Entre quien entre a la Casa Blanca, no veo en qué cambiará mi vida diaria, tendré que seguir trabajando para mantenerme y mantener a mi hijo", afirmó a **Página/12** Robin Walker, 31 años, madre soltera, secretaria, negra. "Dukakis parece un hombre honesto pero no me atrae —agregó—. Me resulta algo gris, blandengue, hasta irreal." "Blandengue" es adjetivo peyorativo en una cultura que proclama "Be agressive" ("Sea agresivo") como alto valor de la conducta humana. Eso no significa que Robin Walker vaya a votar por Bush. El martes 8 de noviembre se quedará en su casa, regando las plantas.

Los académicos bucean una interpretación de la probable victoria de Bush en aguas más profundas. Según Ann Crigler, profesora de Ciencias Políticas de la Universidad de California del Sur, Bush triunfará porque juega con los miedos y prejuicios de los estadounidenses respecto de "la Triple A" (distinta aquí de la argentina): la amnistía (es decir, la derogación de la pena de muerte y,


AFP

YA TIENE COMISARIO EL PUEBLO

por extensión, una amenaza para la seguridad ciudadana), el ácido (la droga) y el aborto.

El politicólogo John Petrocik propone que los dos grandes partidos constituyen en realidad coaliciones de grupos diferentes cuya evolución en el último cuarto de siglo ha perjudicado a los demócratas. A diferencia de los republicanos, que la actuación de Reagan ha sabido conciliar, ninguno de los grupos de influencia electoral demócrata —negros, "hispanos", mujeres, blancos pobres del Sur, sectores obreros blancos y de clase media progresista urbana— es hegemónico en la sociedad y haría falta una coyuntura especial para que limen sus contradicciones y se unan con cierta solidez. Pero es posible que la explicación de la eventual derrota de Dukakis tenga otras raíces todavía y que la clave sea, de algún modo, la ideología de los blancos.

La cuestión del liberalismo

En primer lugar, cabe recordar que, con excepción de Lyndon B. Johnson, el Partido Demócrata ha perdido la mayoría del voto blanco desde la muerte de Franklin Delano Roosevelt. Esto fue así incluso con Jimmy Carter, que sólo se ganó el apoyo del 40 por ciento de ese electorado. En 1984, el número de blancos que votaron por Reagan fue igual al de todos —negros y blancos— los que votaron por Mondale. Los republicanos han obtenido 4 de las 5 presidencias en juego desde 1968. La fecha es importante porque marca la creciente preferencia de los blancos que van a las urnas por un presidente conservador (como se autocalifican los republicanos) en detrimento de un candidato liberal (como se autoproclaman los demócratas). El tema está rodeado de una ambigua complejidad.

Los revolucionarios de 1776 se identificaron con los "Wighs" británicos, los liberales de entonces, contra los "Tories" que manejaban la política de la madre patria inglesa. Con Jefferson a la cabeza, eran partidarios de la libertad económica, antiestatistas, e identificaban lo conservador con los Estados altamente centralizados y monárquicos de Europa cuyo monopolio ahogaba el desarrollo de las colonias. El viejo Partido Republicano recogió esa tradición, pero el término "liberal" cambió de ubicación con el demócrata Roosevelt, quien se decía heredero de Jefferson pero enfrentó la crisis económica de 1929 con medidas estatistas —como la oligarquía argentina de entonces— y procuró un pacto social con los sindicatos mediante la instauración de un sistema de seguridad social. Con Roosevelt, el liberalismo estadounidense se convirtió en una variante local de la socialdemocracia europea. Los republicanos, entonces, empezaron a autodenominarse conservadores para diferenciarse y, curiosamente, la misma abrumadora mayoría que reeligió a Roosevelt en 1936 tomó distancias con su presunta ideología, que estimó malignamente emparentada con el socialismo. Cuando Bush acusa a Dukakis de liberal, sabe qué profunda cuerda está tocando.

El auge del liberalismo se dio en la década del '60, con las manifestaciones impresionantes por los derechos civiles, en favor de la integración de negros y blancos y contra la guerra de Vietnam. A 20 años de distancia —y éste parece un fenómeno general en Occidente, verificable en Francia, por ejemplo, respecto de Mayo del '68—, todo ese impulso en favor de nuevas zonas de libertad rodea al liberalismo de un aura de permisividad (para con los negros, los homosexuales, las lesbianas, otras minorías) y de una voluntad debilitante de la necesaria lucha contra el comunismo. En estos días se vio por TV un "juicio" a Jane Fonda, aunque la actriz ya se ha autocriticado públicamente por actuar para las tropas de Ho Chi Minh cuando combatían a los Marines de su propio país. Para buena parte de la población, liberalismo equivale a caos —el de los años '60—, a desintegración de la familia, incremento de la criminalidad y del consumo de drogas, antipatriotismo.

Sólo el 30 de octubre, acuciado por los resultados de las encuestas, desfavorables para él, Dukakis aceptó que era un "liberal" para reunir a tropas demócratas inconformes con su permanente evasión del adjetivo. El 13 de octubre, en su último debate televisivo con Bush, se había burlado del vicepresidente por la frecuencia con que lo motejaba acusadoramente de liberal. Dijo Dukakis: "Si tuviera un dólar por cada vez que usted, George (Bush), me ha aplicado hoy esa etiqueta, me convertiría en uno de esos ricachones que usted quiere favorecer rebajándoles los impuestos". La actitud de Dukakis lastimó a liberales como John Kenneth Galbraith quien, en compañía de numerosos intelectuales, publicó una solicitada reclamando con orgullo la ideología liberal.

En cuanto al "establishment", el semanario *The Nation* considera que Wall Street prefiere a Bush pero que Dukakis no le causa inquietud alguna. Sin embargo, pese a su retorno a las bases, tal vez ya sea tarde para el candidato demócrata. A juicio de *The Nation*, Dukakis es coautor de la probable victoria de Bush y, por eso mismo, merecería que el eventual sucesor republicano de Reagan lo nombrara embajador, por ejemplo en Grecia, de donde los padres de Dukakis emigraron a los EE.UU.


AFP


AFP

DESPUES DE REAGAN

LA DECLINACION DE UN IMPERIO

Por Pier Antonio Lacqua, desde Washington/ANSA

A pesar de la reivindicación de Rambo, el rudo héroe devoracomunistas de los filmes de Sylvester Stallone, ocho años de presidencia de Ronald Reagan no parecen haber rehabilitado la incontrovertible primacía mundial de la que gozaron los Estados Unidos por lo menos durante treinta años: desde agosto de 1945, es decir desde los días de la bomba atómica sobre Hiroshima, hasta la caída de Saigón, en abril de 1975.

La inevitable incertidumbre que despierta la era post-Reagan está alimentando el espectro de una declinación del imperio americano: un profesor de Yale, Paul Kennedy, abordó un tema de gran moda en un best-seller, *Ascenso y caída de las grandes potencias.*

El espectro también sobrevuela el gran desafío entre el vicepresidente Bush y el gobernador Dukakis para la Casa Blanca.

El gobernador de Massachusetts y su "número dos", Lloyd Bentsen, denuncian que la América de Rambo-Reagan perdió efectivamente golpe por golpe: en las Hawaii, los japoneses hacen estragos con las lujosas residencias y en California están comprando áreas urbanas enteras, el "Made in Japan" triunfa en la industria automotriz y en la electrónica, el sistema financiero extranjero extiende sus manos sobre las fábricas y sobre Wall Street, el déficit federal y el comercial —a niveles cada vez más astronómicos— ponen en peligro el futuro norteamericano.

Como una antítesis de la visión "imperial" de Reagan, que comprometió cuantiosos recursos en el rearme y en las "guerras estelares", Dukakis no se cansa de reiterarlo: algunos de los ambiciosos proyectos militares resultan verdaderos desperdicios, "no los podemos permitir".

El gobernador se cuida mucho de reevocar la imagen de una Norteamérica en estado de "malestar", como lo hizo con efecto de boomerang el presidente Jimmy Carter, pero ciertamente jamás deja de insistir en los límites de la potencia norteamericana: exige con fuerza una "redistribución de las cargas" con los aliados de la OTAN, rechaza la imagen de los Estados Unidos "como gendarmes del mundo", quisiera acordar mayor importancia a la ONU y a las "concertaciones internacionales".

A juicio de Dukakis, la economía norteamericana —que en la inmediata posguerra tenía a su cargo la mitad de la producción industrial mundial— necesita del desarme no menos que la soviética y sólo defendiendo las industrias de la amenazante "competencia desleal" externa se puede bloquear todo riesgo de decadencia, se puede esperar que "lo mejor de los Estados Unidos aún está por llegar". Los análisis y recetas del gobernador prácticamente coinciden con los argumentos del profesor Kennedy.

Para el historiador de Yale, los Estados Unidos comenzaron a tener dificultades en los años sesenta, al adquirir en el exterior compromisos militares "sobredimensionados" respecto de sus recursos.

Para Kennedy, un irlandés emigrado a los Estados Unidos recién a los 50 años de edad, esa manera de desequilibrio se detecta en el origen de la declinación que devoró sin excepciones a todos los imperios precedentes: el chino, el romano, el español, el austro-húngaro, el inglés...

El profesor de Yale no dramatiza y habla de "declinación relativa" (incluso porque necesita compararla con la más dramática declinación de otro imperio, el soviético...)

Inquietante e implacable es sin embargo su comparación con Japón y Alemania Federal, que no se dejaron encantar por la quimera de la denominada sociedad posindustrial y en los años sesenta reconstruyeron una fuerte y eficientísima industria pesada, estimulando el ahorro privado y mejorando en forma drástica la enseñanza científica en las escuelas.

¿Y los Estados Unidos? Según el "gurú" de Yale —y Dukakis está de acuerdo—, se están transformando en una sociedad de servicios, con trabajos mal pagos, con un sistema educativo debilitado en su conjunto, con un exiguo ahorro interno, con un tenor de vida superior a los propios medios.

Kennedy es sólo un exponente de una escuela de historiadores, economistas y pensadores "declinistas", que por cierto no tuvieron mayor relevancia durante los primeros cuatro años de la triunfalista presidencia de Reagan.

No llama la atención que de este pensamiento "crepuscular" Bush intente distanciarse vigorosamente. Su número dos, Dan Quayle, dio la bienvenida a los japoneses que están comprando la mitad de los Estados Unidos: sería un indicio saludable, la prueba de que los Estados Unidos son una Meca para los inversionistas.

El vicepresidente Bush se presenta como un hombre de garra y trata de exorcizar los fantasmas de una posible declinación. Dice que los Estados Unidos no deben delegar en nadie la defensa de los valores que representan, indica que solamente negociando "desde posiciones de fuerza" Washington obligó a los soviéticos a pactar: desde Afganistán hasta los euromisiles.

En su conjunto, Bush habla como el actual jefe de la Casa Blanca, símbolo del rescate del águila americana de los traumas de Vietnam (fin del mito de la invencibilidad), y de Watergate (crisis del carisma presidencial).

Moviéndose con una consumada habilidad hollywoodiana entre realidad y ficción, el "gran comunicador" Reagan dio la impresión de que la declinación puede detenerse y ser revertida. Empero, arriesgó poco.

Una administración Bush debería fatalmente aclarar qué cosa es realidad y qué cosa es ficción en el rescate reaganiano. Dukakis obviamente ya tiene la respuesta: el rescate reaganiano es ficción.



INTIMIDADES DE DOS CANDIDATOS

Por Francisco Basterra, El País, desde Washington

Si George Bush ni Michael Dukakis se encuentran cómodos en el mundo de la cultura, el arte en sus distintas manifestaciones, la literatura o la poesía. Sea quien fuere el que llegue a la Casa Blanca, no cabe esperar, ni mucho menos, una presidencia como la de John Kennedy y Jacqueline, en la que la intelectualidad y los artistas entraron a formar parte del Washington oficial. Más bien, el próximo presidente de los Estados Unidos, sobre todo si es Bush, estará más en el molde cultural de Ronald Reagan. Pero, al menos, ninguno de los candidatos tiene el *Reader's Digest* como revista preferida.

Michael Dukakis es más el tipo intelectual, pero de la clase ratón de biblioteca técnica. Su cerebro está dedicado, a tiempo completo, a la lectura de soporíferos informes gubernamentales, que el gobernador de Massachusetts encuentra apasionantes. La idea de Dukakis sobre lo que deben ser unos días de descanso pasa por llevarse consigo a la playa un estudio sobre "La planificación del suelo en Suecia", según han revelado sus hijos. "No lo he visto jamás leer una novela ni poesía", asegura su mujer, Kitty.

George Herbert Walker Bush confiesa abiertamente que no se considera un intelectual y está incómodo en presencia de intelectuales. Educado en los mejores colegios pagos y en la afición a la música clásica, recuerda con horror cómo tuvo que leer, de joven, *La guerra y la paz,* de Tolstoi, y a Shakespeare, que le parecieron muy largos y densos. Ahora el vicepresidente prefiere distraerse con novelas policiales y de espionaje y, sobre todo, libros de hazañas bélicas. La esposa de Bush, Barbara, le dejó la última novela de Tom Wolfe, *Nueva York: historia de vanidades,* que ha conseguido concluir, aunque su primera reacción fue: "Demasiado gorda". Y afirma que le ha gustado. Los Bush alquilan películas de video en Washington, George prefiere "las de tiros y espías", y Barbara, "las románticas". El actual vicepresidente de los Estados Unidos admite que él y toda su familia son muy llorones, se emocionan fácilmente y dejan escapar las lágrimas en el cine. Lo último que han visto ha sido *Cocodrilo Dundee* y *Hechizo de luna.* Se durmió recientemente viendo una película de Ronald Reagan.

Clint Eastwood, Clark Gable y James Stewart son los actores preferidos de George Bush. Al igual que Michael Dukakis, confiesa que, durante la guerra que hizo en el Pacífico como piloto naval, no tenía fotos de chicas encima de la litera. "Estaba ya comprometido con Barbara, pero debo confesar que echaba una ojeada a los dibujos de 'Starlettes' de Vargas", asegura el vicepresidente, quien confiesa que le gustaba la candidez de Doris Day. Y el aspirante demócrata, en su servicio militar, en Corea, estaba prendado de Janet Leigh. En la actualidad, su actriz preferida es Meryl Streep. Dukakis no va al cine para escapar de la realidad, sino para buscar un mensaje. No ve comedias, e hizo una excepción con *Hechizo de luna* porque trabajaba su prima Olympia, que recibió el Oscar a la mejor labor secundaria por su intepretación. Cita como su película preferida *La historia oficial,* que relata la suerte de los desaparecidos en la Argentina, y que también obtuvo un Oscar, a la mejor película extranjera.


AFP

En la primera cita con Kitty se salieron, porque se aburrían, de *Rocco y sus hermanos,* dirigida por Luchino Visconti e interpretada por Annie Girardot y Alain Delon, y acabaron la velada en el apartamento de ella hablando de política. Su libro actual de cabecera es una historia de los irlandeses en Lowell (Massachusetts).

El teatro, clásico o moderno, no forma parte de las aficiones de los candidatos. El vicepresidente tolera, sin embargo, el ballet y ama los musicales. Ha visto cuatro veces *A Chorus Line* y le encantó *My Fair Lady.* Bush, en música, prefiere el "country", y la radio de su mesa de luz está siempre conectada a una emisora de Washington que sólo retransmite este tipo de baladas. Suele llevar en su limousine oficial casetes de los Oak Ridge Boys. Bush ve poca televisión, pero no perdona los partidos de fútbol de los lunes por la noche. "Me vi —ha contado— las cinco horas de la final de tenis del Torneo de los Estados Unidos entre Ivan Lendl y Mats Wilander". Es un gran aficionado a este deporte, que practica regularmente, lo mismo que el "jogging" y el lanzamiento de herraduras. Su distracción favorita es planear sobre el agua en su "cigarette" ultrarrápida en la costa de Maine. Su revista preferida es *Bassmaster,* especializada en pesca. Bush, al contrario que Reagan y que Dukakis, es un mal bailarín. Se quedó en el fox trot y cuenta cómo tuvo que abandonar la pista cuando sonó un vals en el baile de oficiales en el que conoció a su mujer.

Kitty Dukakis, bailarina y profesora de danza, ha enseñado el oficio a Michael, que se declara un buen ejecutor de tangos. El candidato demócrata toca la trompeta de cuando en cuando, formó parte de la banda de su colegio y de la orquesta universitaria, y en su juventud se sintió atraído por el jazz. "Sobre todo —dice Dukakis— me gustan las obras musicales sólidas", como las sinfonías de Beethoven. La *Séptima* es su favorita. Mientras los Bush escuchan música country y ven cine en su residencia de Washington con el propósito único de distraerse, las veladas preferidas de Dukakis son la lectura de papeles e informes que no ha logrado concluir en la oficina y libros sobre el funcionamiento del gobierno.


AFP



E REAGAN

LINACION

MPERIO

boomerang el presidente Jimmy Carter, pero ciertamente jamás deja de insistir en los límites de la potencia norteamericana: exige con fuerza una "redistribución de las cargas" con los aliados de la OTAN, rechaza la imagen de los Estados Unidos "como gendarmes del mundo", quisiera acordar mayor importancia a la ONU y a las "concertaciones internacionales".

A juicio de Dukakis, la economía norteamericana —que en la inmediata posguerra tenía a su cargo la mitad de la producción industrial mundial— necesita del desarme no menos que la soviética y sólo defendiendo las industrias de la amenazante "competencia desleal" externa se puede bloquear todo riesgo de decadencia, se puede esperar que "lo mejor de los Estados Unidos aún está por llegar". Los análisis y recetas del gobernador prácticamente coinciden con los argumentos del profesor Kennedy.

Para el historiador de Yale, los Estados Unidos comenzaron a tener dificultades en los años sesenta, al adquirir en el exterior compromisos militares "sobredimensionados" respecto de sus recursos.

Para Kennedy, un irlandés emigrado a los Estados Unidos recién a los 50 años de edad, esa manera de desequilibrio se detecta en el origen de la declinación que devoró sin excepciones a todos los imperios precedentes: el chino, el romano, el español, el austro-húngaro, el inglés...

El profesor de Yale no dramatiza y habla de "declinación relativa" (incluso porque necesita compararla con la más dramática declinación de otro imperio, el soviético...)

Inquietante e implacable es sin embargo su comparación con Japón y Alemania Federal, que no se dejaron encantar por la quimera de la denominada sociedad posindustrial y en los años sesenta reconstruyeron una fuerte y eficientísima industria pesada, estimulando el ahorro privado y mejorando en forma drástica la enseñanza científica en las escuelas.

¿Y los Estados Unidos? Según el "gurú" de Yale —y Dukakis está de acuerdo—, se están transformando en una sociedad de servicios, con trabajos mal pagos, con un sistema educativo debilitado en su conjunto, con un exiguo ahorro interno, con un tenor de vida superior a los propios medios.

Kennedy es sólo un exponente de una escuela de historiadores, economistas y pensadores "declinistas", que por cierto no tuvieron mayor relevancia durante los primeros cuatro años de la triunfalista presidencia de Reagan.

No llama la atención que de este pensamiento "crepuscular" Bush intente distanciarse vigorosamente. Su número dos, Dan Quayle, dio la bienvenida a los japoneses que están comprando la mitad de los Estados Unidos: sería un indicio saludable, la prueba de que los Estados Unidos son una Meca para los inversionistas.

El vicepresidente Bush se presenta como un hombre de garra y trata de exorcizar los fantasmas de una posible declinación. Dice que los Estados Unidos no deben delegar en nadie la defensa de los valores que representan, indica que solamente negociando "desde posiciones de fuerza" Washington obligó a los soviéticos a pactar: desde Afganistán hasta los euromisiles.

En su conjunto, Bush habla como el actual jefe de la Casa Blanca, símbolo del rescate del águila americana de los traumas de Vietnam (fin del mito de la invencibilidad), y de Watergate (crisis del carisma presidencial).

Moviéndose con una consumada habilidad hollywoodiana entre realidad y ficción, el "gran comunicador" Reagan dio la impresión de que la declinación puede detenerse y ser revertida. Empero, arriesgó poco.

Una administración Bush debería fatalmente aclarar qué cosa es realidad y qué cosa es ficción en el rescate reaganiano. Dukakis obviamente ya tiene la respuesta: el rescate reaganiano es ficción.

INTIMIDADES DE DOS CANDIDATOS

Por Francisco Basterra, El País, desde Washington

Si George Bush ni Michael Dukakis se encuentran cómodos en el mundo de la cultura, el arte en sus distintas manifestaciones, la literatura o la poesía. Sea quien fuere el que llegue a la Casa Blanca, no cabe esperar, ni mucho menos, una presidencia como la de John Kennedy y Jacqueline, en la que la intelectualidad y los artistas entraron a formar parte del Washington oficial. Más bien, el próximo presidente de los Estados Unidos, sobre todo si es Bush, estará más en el molde cultural de Ronald Reagan. Pero, al menos, ninguno de los candidatos tiene el *Reader's Digest* como revista preferida.


AFP

Michael Dukakis es más el tipo intelectual, pero de la clase ratón de biblioteca técnica. Su cerebro está dedicado, a tiempo completo, a la lectura de soporíferos informes gubernamentales, que el gobernador de Massachusetts encuentra apasionantes. La idea de Dukakis sobre lo que deben ser unos días de descanso pasa por llevarse consigo a la playa un estudio sobre "La planificación del suelo en Suecia", según han revelado sus hijos. "No lo he visto jamás leer una novela ni poesía", asegura su mujer, Kitty.

George Herbert Walker Bush confiesa abiertamente que no se considera un intelectual y está incómodo en presencia de intelectuales. Educado en los mejores colegios pagos y en la afición a la música clásica, recuerda con horror cómo tuvo que leer, de joven, *La guerra y la paz*, de Tolstoi, y a Shakespeare, que le parecieron muy largos y densos. Ahora el vicepresidente prefiere distraerse con novelas policiales y de espionaje y, sobre todo, libros de hazañas bélicas. La esposa de Bush, Barbara, le dejó la última novela de Tom Wolfe, *Nueva York: historia de vanidades*, que ha conseguido concluir, aunque su primera reacción fue: "Demasiado gorda". Y afirma que le ha gustado. Los Bush alquilan películas de video en Washington, George prefiere "las de tiros y espías", y Barbara, "las románticas". El actual vicepresidente de los Estados Unidos admite que él y toda su familia son muy llorones, se emocionan fácilmente y dejan escapar las lágrimas en el cine. Lo último que han visto ha sido *Cocodrilo Dundee* y *Hechizo de luna*. Se durmió recientemente viendo una película de Ronald Reagan.

Clint Eastwood, Clark Gable y James Stewart son los actores preferidos de George Bush. Al igual que Michael Dukakis, confiesa que, durante la guerra que hizo en el Pacífico como piloto naval, no tenía fotos de chicas encima de la litera. "Estaba ya comprometido con Barbara, pero debo confesar que echaba una ojeada a los dibujos de 'Starlettes' de Vargas", asegura el vicepresidente, quien confiesa que le gustaba la candidez de Doris Day. Y el aspirante demócrata, en su servicio militar, en Corea, estaba prendado de Janet Leigh. En la actualidad, su actriz preferida es Meryl Streep. Dukakis no va al cine para escapar de la realidad, sino para buscar un mensaje. No ve comedias, e hizo una excepción con *Hechizo de luna* porque trabajaba su prima Olympia, que recibió el Oscar a la mejor labor secundaria por su intepretación. Cita como su película preferida *La historia oficial*, que relata la suerte de los desaparecidos en la Argentina, y que también obtuvo un Oscar, a la mejor película extranjera.

En la primera cita con Kitty se salieron, porque se aburrían, de *Rocco y sus hermanos*, dirigida por Luchino Visconti e interpretada por Annie Girardot y Alain Delon, y acabaron la velada en el apartamento de ella hablando de política. Su libro actual de cabecera es una historia de los irlandeses en Lowell (Massachusetts).

El teatro, clásico o moderno, no forma parte de las aficiones de los candidatos. El vicepresidente tolera, sin embargo, el ballet y ama los musicales. Ha visto cuatro veces *A Chorus Line* y le encantó *My Fair Lady*. Bush, en música, prefiere el "country", y la radio de su mesa de luz está siempre conectada a una emisora de Washington que sólo retransmite este tipo de baladas. Suele llevar en su limousine oficial casetes de los Oak Ridge Boys. Bush ve poca televisión, pero no perdona los partidos de fútbol de los lunes por la noche. "Me vi —ha contado— las cinco horas de la final de tenis del Torneo de los Estados Unidos entre Ivan Lendl y Mats Wilander". Es un gran aficionado a este deporte, que practica regularmente, lo mismo que el "jogging" y el lanzamiento de herraduras. Su distracción favorita es planear sobre el agua en su "cigarette" ultrarrápida en la costa de Maine. Su revista preferida es *Bassmaster*, especializada en pesca. Bush, al contrario que Reagan y que Dukakis, es un mal bailarín. Se quedó en el fox trot y cuenta cómo tuvo que abandonar la pista cuando sonó un vals en el baile de oficiales en el que conoció a su mujer.

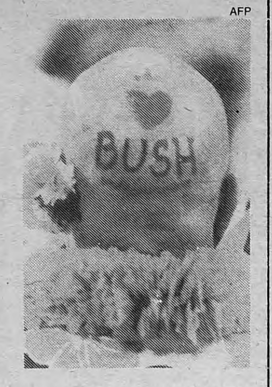
Kitty Dukakis, bailarina y profesora de danza, ha enseñado el oficio a Michael, que se declara un buen ejecutor de tangos. El candidato demócrata toca la trompeta de cuando en cuando, formó parte de la banda de su colegio y de la orquesta universitaria, y en su juventud se sintió atraído por el jazz. "Sobre todo —dice Dukakis— me gustan las obras musicales sólidas", como las sinfonías de Beethoven. La *Séptima* es su favorita. Mientras los Bush escuchan música country y ven cine en su residencia de Washington con el propósito único de distraerse, las veladas preferidas de Dukakis son la lectura de papeles e informes que no ha logrado concluir en la oficina y libros sobre el funcionamiento del gobierno.


AFP

EN EL SILLON DE LA CASA BLANCA:

BUSH

AFP



Por Pierantonio Lacqua, desde Washington, ANSA

Con George Bush en la Casa Blanca los Estados Unidos deberían mantener la ruta de los últimos años, pero no está dicho que se encaminen hacia una era de reaganismo sin Reagan.

En los papeles los elementos de continuidad abundan: durante la campaña electoral Bush adoptó posiciones y recetas de Reagan para casi todo, desde la economía a la política exterior, desde el aborto hasta el retorno de las oraciones obligatorias en las escuelas.

La soldadura entre lo viejo y lo nuevo estaría garantizada, entre otras cosas, por la probable reconfirmación de gran parte de los integrantes de la actual administración. Seguirían en sus puestos el secretario del Tesoro, Nicholas Brady, y el procurador general Richard Thornburgh. Tal vez ni siquiera se vaya el secretario de Defensa, Frank Carlucci mientras que el prestigioso sillón del secretario de Estado será ocupado, casi con seguridad, por el director general de la campaña electoral de Bush: James Baker, jefe de gabinete de la Casa Blanca durante los primeros cuatro años de la presidencia de Reagan y secretario del Tesoro en los sucesivos tres años y medio.

Bush, empero, procede de una "escuela de pensamiento" muy diversa con respecto al radical de extrema derecha Ronald Reagan. En 1980 desafió el maniqueísmo ideológico del actual presidente desde una plataforma conservadora moderada. Fue derrotado en las primarias para la nominación republicana, y aceptó luego la vicepresidencia que le ofreció Reagan.

Ahora Bush se declara paladín de la misma "reaganomics" que hace ocho años ridiculizó como "práctica vudú" y muchos se preguntan hasta qué punto la conversión al credo del actual presidente es sincera, o si se trata de oportunismo político. Ciertamente, los ricos y famosos de Hollywood y Malibú no dominarán más en las fiestas y banquetes de la Casa Blanca como ha venido sucediendo desde 1980 hasta hoy.

Con Bush presidente también cambiaría de estilo la política exterior norteamericana: el candidato republicano tiene una experiencia internacional de primera mano, no es prisionero de esquemas ideológicos elementales, conoce personalmente a la mayor parte de los líderes extranjeros y trataría con firmeza y realismo de administrar la existente sin la veleidad de una única estrategia global, sin la ambición de tejer aquellas intrincadas tramas geopolíticas que tanto apasionaban al presidente Richard Nixon y a Henry Kissinger.

En las relaciones con el Kremlin de Gorbachov, Bush promete una posición de "paz a través de la fuerza" y el diálogo Este-Oeste no debería sufrir giros sorpresivos.

Convencido de que solamente el rearme masivo norteamericano ha llevado a la URSS a encarar negociaciones serias sobre la reducción de los armamentos, Bush no comparte el gran y simple "sueño" norteamericano de un mundo sin más armas atómicas, con un escudo espacial antimisilístico a modo de "póliza de seguros antinuclear".

El candidato republicano es una persona con los pies bien apoyados en tierra. Sabe leer el balance de una empresa y —a diferencia del "ideólogo" y "visionario" Reagan, que pasó de la denuncia de la URSS como "Imperio del mal" a relaciones de genuina simpatía personal por Gorbachov—, no esconde una buena dosis de escepticismo sobre intenciones, aspiraciones y proyectos del "nuevo" Kremlin, un escepticismo pragmático, de un estadista que pretende saber cómo anda el mundo y no se deja hipnotizar por golpes de escena y por las vertiginosas promesas de la perestroika.

Con una actitud tan prudente, Bush lucha obviamente para que los Estados Unidos no dejen de lado a priori algún prometedor sistema de armamento, se trate de "guerra de las galaxias" o de los misiles estratégicos MX o Midgetman: él quiere negociar cualquier renuncia con la Unión Soviética y se afirma que terminaría por utilizar el sueño reaganiano de la guerra estelar como moneda de intercambio para obligar al Kremlin a drásticos recortes en sus arsenales nucleares estratégicos.

Con respecto a la OTAN y al comercio internacional, el actual vicepresidente no parece portador de desarrollos de relieve: si lo permite el presupuesto norteamericano mantendrá en Europa a los 300.000 soldados estadounidenses, luchará por las mismas posiciones librecambistas de Reagan (y en la medida en que el desafío japonés, el fortín europeo y el Congreso de Washington lo consientan), e intentará estimular la economía con un bajo nivel de presión fiscal.

De palabra, y para no perder el voto de la extrema derecha republicana, laica y religiosa, Bush se ha declarado en favor de nueva ayuda en favor de los contras nicaragüenses, y promete la puesta fuera de la ley del aborto. Pero la mayor parte de los politicólogos no le dan mucho crédito: el Congreso no otorgará más dólares para los rebeldes nicaragüenses, y aunque Reagan también ha tronado contra el aborto, nunca hizo nada en concreto.

En otras áreas, Sudáfrica no debería ver en el candidato republicano a un enemigo jurado pronto a aprovechar todo el poder norteamericano en función antiapartheid. Bush es contrario a la segregación racial, pero se opone a una política de sanciones, se preocupa para que aquel país se mantenga en la órbita occidental.

En los mítines proselitistas, el vicepresidente a menudo prometió un país "más benévolo y gentil", pero —tal como Reagan y a diferencia de Dukakis— aborrece la idea de que los empresarios se vean obligados por ley a dar préstamos a sus dependientes: sería una carga insoportable, muchas empresas cerrarían sus puertas y el resultado sería más desocupación, la posibilidad de un servicio sanitario nacional ni siquiera la toma en cuenta: no corresponde al Estado, las cajas públicas no podrían soportar un fardo semejante.

A despecho del cliché de *whimp* (debilucho) que durante la época de las primarias le fue adjudicado, Bush adoptaría indudablemente actitudes de "macho" en la lucha contra la criminalidad. El delfín de Reagan cree en el poder disuasivo de la pena de muerte, y considera sacrosanto el derecho de los ciudadanos honestos a portar armas sin demasiadas restricciones.

Durante su eventual mandato sucediendo a Reagan, Bush seguramente podría designar uno o dos jueces de la Corte Suprema, dando así a la máxima magistratura judicial un carácter conservador hasta más allá del año 2000.

DUKAKIS

AFP



Por Cristiano Del Riccio, desde Washington, ANSA

Más proteccionistas en el área comercial, menos intervencionistas en el campo militar, más cuidadosos en sus gastos, menos indiferentes a los problemas de los ciudadanos necesitados: éstos serían los Estados Unidos del "presidente" Michael Dukakis.

Un éxito de los demócratas llevaría a la Casa Blanca a un hombre que ama tomar decisiones concretas, que cree en la fuerza de la razón y que odia los problemas teóricos.

Dukakis, "quemado" en el pasado, fue parco en promesas durante su campaña proselitista para la presidencia. De todas formas se comprometió a sanear en los próximos cuatro años un déficit comercial que supera los 140 mil millones de dólares, creando al mismo tiempo "buenos puestos de trabajo con buenos salarios" y garantizando una red de asistencia social a los ciudadanos en dificultades.

A diferencia de Bush no excluyó la medida más temida por los votantes: un aumento de los impuestos. Pero sería, subrayó, solamente "un recurso extremo".

Sobre una eventual presidencia Dukakis soplaría, inevitablemente, un viento proteccionista. El gobernador invocó restricciones económicas para los países que tienen libre acceso al mercado norteamericano pero que tratan luego de limitar el ingreso de los productos estadounidenses.

"Con la Administración Reagan nos hemos convertido en una nación de deudores —afirma Dukakis—. Pero no podemos continuar viviendo por encima de nuestras posibilidades, debemos renunciar a la mentalidad de la tarjeta de crédito."

El "hachazo" del presidente Dukakis alcanzaría en primer lugar el presupuesto de la defensa: fin del programa "guerra de las galaxias" (tres cuartas partes de los fondos se eliminarían de inmediato), renuncia a los misiles de cabeza múltiple MX y de cabeza simple Midgetman, de los nuevos aviones B-1, y de por lo menos dos portaaviones.

La prioridad de la modernización sería desplazada del armamento nuclear a aquel convencional. Con Dukakis, que nunca aprobó la intervención militar en Granada y en el Golfo Pérsico, los Estados Unidos serían mucho más cautos en cuanto a opciones militares.

Cambiarían las relaciones entre el gobierno de Washington y las Naciones Unidas ("menos acciones unilaterales y más concertación con nuestros aliados", sostiene el gobernador de Massachusetts). Se modificaría, por cierto, la política norteamericana en América Central (Dukakis es opositor a la ayuda a los contras), con más énfasis en la cooperación y en el diálogo.

Con sus orígenes griegos, un presidente Dukakis sin duda sería más sensible a la problemática europea y comunitaria. Su receta para "mejorar" la OTAN sería "una planificación más coordinada", varias veces dijo que era "contrario a un retiro unilateral de las tropas norteamericanas de Europa".

El camino de la paz en Medio Oriente para Dukakis, pasa inevitablemente por negociaciones directas entre Israel y los árabes (no cree en una conferencia ampliada). Quiere trasladar la embajada norteamericana de Tel Aviv a Jerusalén.

En el frente interno, una presidencia Dukakis sería despiadada contra los evasores fiscales y contra los negociados del Pentágono en los contratos para armamentos, sería creado un sistema de seguro médico para todos los trabajadores (a cargo de las empresas), semejante al que está en vigencia en Massachusetts.

Sus colaboradores están seguros de que Dukakis, instalado en la Casa Blanca, logrará vencer su tendencia a tomar en persona todas las decisiones. A diferencia de Jimmy Carter, "Dukakis no perderá el tiempo en decidir quién tendrá el derecho de jugar al tenis en el court de la Casa Blanca — señaló uno de sus consejeros—. En realidad, se maravillaría mucho si alguno de su staff tiene el tiempo suficiente como para dedicarse a algún deporte".

AFP



AFP